

Simbiosis.

Rodrigo González Godínez.

El grito desesperado del fin de los grandes relatos ha hecho eco hasta llegar a los lugares menos pensados, los anhelos ilustrados y modernos no son más bienvenidos pues opera el descontento hacia ellos y consecuente opera el rechazo por parte del sujeto a las promesas de la era pasada, a saber; la libertad, saber por cuenta propia (*Sapere aude*), etc. De tal modo el imaginario colectivo o una especie de racionalidad operante emerge de lo dicho y sin poder siquiera hacer frente ante ello surge el sujeto posmoderno, un sujeto enfermo, pues no puede ser de otro modo, ya que opera con vagos o incluso nulos anhelos (no digamos solo sociales o cognoscitivos sino para sí mismo), no ya solo hacia la libertad que en otra época hacía alarde de ser la máxima aspiración del sujeto, eso ya es cosa del pasado como todo o mucho de lo que la modernidad profesaba, ese sujeto emergido ya no puede ser más sujeto, -no tiene subjetividad, está vacío- es más cercano a un robot, pero no como la ciencia ficción nos ha mostrado, con inteligencia de sobra o fuerza sobrehumana, con agudeza mental o capaz de reproducir todo lo que al sujeto le tomaría mucho tiempo hacer, recreándolo o creándolo desde cero en un abrir y cerrar de ojos -no-, quizá entonces podemos decir que es más un simbiote pero, ¿de qué?, ¿cómo está compuesta la simbiosis o de qué manera es denominada? Por una parte de humano claro, tiene inserto el virus de la mercancía, de los medios de comunicación (*mass media*), del objeto por otra, pues lo que deambula por las calles y da gritos de innovador, emprendedor sabio y artista, no es más diferenciable de aquello que creó bajo fines productivos para otros sujetos -el objeto, *mass media*- como diría Lipovetsky.

La simbiosis fue perfecta, el sujeto no se dio cuenta de que el aparato en el que depositó su confianza y su esfuerzo se apoderó de él. No es más libre. El sujeto simbiótico incapaz de dejar su aparato será su más acérrimo defensor, no podrá ver ni oír ni mucho menos creer o “pensar” (si se da el caso) más allá de lo que le muestre el aparato. Provechosamente, alguien o algo se beneficia con esta situación y solamente cuando termine la simbiosis es que el sujeto podrá darse cuenta de quién es el verdadero captor, la cuestión es: ¿cómo darse cuenta?, no se trata como en Matrix de elegir una pastilla azul o roja, despertar o seguir creyendo en lo que te dicen, doxa o episteme, realidad o hiperrealidad. La cosa es más sencilla, el mundo está ahí. Las cosas son dadas en el mundo, pero, acceder a ellas, verlas como son, será un vaivén entre pastilla azul y roja, será fugaz el acceso.

La liberación de la simbiosis es sencilla pero no fácil. Como el simbiote necesita un huésped para vivir, te seducirá nuevamente con promesas distintas, aparatos diversos. El simbiote es holístico, está en una parte y es el todo. Aquel momento breve de liberación encandilará -como epifanía, ahí será cuando el sujeto recupere su libertad y pueda dejar atisbos de cómo lo logró y alguien más pueda salir librado de ese aparato. Cosa a la vez, aparato a la vez, la parte superará a la totalidad y será cuando el simbiote por fin muera y el sujeto recupere todo lo que perdió, incluyendo su libertad.